

## "La Doncella Prodigiosa"

Por ROALD VIGANO

Los primeros aplausos escuchados por los muros vírgenes del Teatro General San Martín han sido también los primeros brindados a la última obra dramática de Alberto de Zavalía, el misterio en tres cuadros "La Doncella Prodigiosa".

\* \* \*

Los tres cuadros que configuran el espectáculo, más lo integran que lo dividen, pues se trata de actos en el sentido primero de la palabra, es decir de pequeños todos, completos en sus propias tramas e independientes entre sí. Por consiguiente se los puede apreciar y juzgar por separado lo mismo que en conjunto.

La estructura formal de todos y de cada uno, y particularmente del primero, es francamente dialogal. La línea argumental es esquelética y aunque llegue alguna vez a revestirse de un mesurado valor de simbología psicológica y aun teológica por encadenamiento —la reaparición en el recuerdo de María de las figuras proféticas del pasado— no alcanza en momento alguno a pasar más allá del reducido marco de una consistente subordinación en beneficio del diálogo.

Pero aun el diálogo en sentido estricto carece de verdadera autonomía, pues, en rigor, la palabra compartida está en la obra al servicio del monólogo; y éste, a su vez, está proyectado como una ojiva hacia el universo trascendente del misterio teologal.

\* \* \*

Sobre esta arquitectura de pocos trazos y ningún ornato está armada la línea de una acción lenta y grave que sorprende tres horas señeras en la vida de Nuestra Señora: la vida en Nazareth con José,

hasta la Anunciación; el alumbramiento en Belén, y la transfixión del Calvario, a los que Zavalía ha titulado, respectivamente, "La Doncella Prodigiosa", "El Alto de la Estrella" y "La Esclava del Señor".

A imitación del estilo griego, largos parlamentos sirven de vehículo para la narración de los demás acontecimientos de la vida de María, y con la libertad de los misterios medievales se ha transpuesto el momento histórico de otros fundiéndoselos en uno solo sobre la base de una vinculación superior a la de hora y sitio, tal como hacemos en los pesebres navideños. Los extensos diálogos del primer cuadro entre el Esposo, la Madre y el Sacerdote, abarcan por modo narratorio la vida de María desde el seno materno hasta el día y hora de la conversación que el cuadro presenta. Las apariciones de el Forastero en el mismo cuadro, las del Anciano en el segundo y sobre todo su reaparición, como la de los Magos, en el tercero, sirven por modo dramático al mismo propósito de integridad histórica, a la vez que al ya señalado de simbolismo psicológico y teologal.

\* \* \*

El punto de mira, pues, en los cuadros de Zavalía, no es la acción en su evidencia inmediata sino en su misterio interior. Esta prevalencia del misterio explica la lentitud y las transposiciones históricas de aquella al par que las dimensiones y la densidad del diálogo, de gravedad no sólo aparente, aunque desigual. En otras palabras, el propósito de Zavalía no ha sido simplemente narrar la vida de María sino explicar o, cuando menos, esbozar el misterio que encierra. En este sentido ha seguido ejemplos antiguos en la estructuración de su obra

y aun modernos, como el de Claudel y el de Eliot. Y como para sus ilustres maestros no cabe, por superficial y torpe, una censura a la ligera de sus alteraciones de la cronología histórica, es preciso adentrarnos en la significación de las mismas y a ella atender, pues la validez de aquéllas depende del valor de ésta. En fin, las transposiciones del tiempo histórico —lo mismo que las de la situación geográfica— tienen fueros estéticos en la medida en que no alteren ni la verdad psicológica ni la dimensión teológica insitas en los hechos trastocados. El Cristo de Daly no es menos real ni menos cristiano que el de Velázquez.

\* \* \*

A este respecto, lo justo es reconocer que Zavalía ha respetado, y también ha desvirtuado, la verdad humana y el contenido religioso de la historia de María.

A pesar de lo que luego advertiremos, el respeto es sustancial; sustancial en la intención y, sí, también en el resultado objetivo; más que nada por el espíritu general que lo pervade y envuelve. Pero al modo como una casa puede ser sólida, adecuada y grata en su arquitectura general pero endeble, incómoda y desagradable en uno o más de sus ambientes, de parecida manera, el decoro general de la obra de Zavalía no salva más de una de sus partes, y estas son demasiado importantes para soslayarlas.

\* \* \*

Según el orden en que van apareciendo a lo largo de la anécdota, las no pocas, ni leves, desfiguraciones psicológicas afectan a José, a María y a los Magos. Y esto en aspectos fundamentales de sus caracteres, conforme con lo que implícita o explícitamente nos los muestra la tradición y, particularmente, la Escritura Sagrada.

Por lo que toca a José, la transposición histórica que pone al santo esposo en trance y propósito de dejar a María ya antes de la Anunciación y, por consiguiente, de la sagrada preñez, ha obligado a Zavalía a buscar una motivación

nueva para aquella decisión. Con esto, y con sólo esto, el carácter de José debía inevitablemente perder poco menos que todo su valor humano y dramático, sin contar la proyección teológica de su singular conflicto, perdida sin remedio. No sé por qué razón Zavalía dejó de lado estos valores al componer su cuadro; pero cualquiera haya sido, el resultado concreto es un José inconsistente y desubicado, por no decir abiertamente tonto. (Hasta físicamente sin duda con su aprobación y aun por su indicación, la versión escénica puso ante la sala a un José ni joven ni viejo, ni apuesto ni desagradable). Esta es la causa y la raíz de la inconsistencia que el espectador echa de ver en el propósito de José de abandonar a María. Porque, desprovisto del fundamento real e histórico de esa decisión, Zavalía ha inventado, para fundar la causalidad del efecto que históricamente consta, una motivación que resulta chirle, en total desacuerdo con la verdadera personalidad del santo esposo de María. Este motivo es su desconcierto ante la conducta virginal y el voto de castidad perpetua de su esposa.

Que este desconcierto sea inaceptable e incompatible con el verdadero José (y con la verdadera María) aparece suficientemente claro si pensamos que no es posible admitir en María voluntad alguna de engaño; ni positiva, por desfiguración de la verdad, ni pasiva, por ocultamiento de ella; y menos en asunto tan importante. De haber María deformado u ocultado la verdad ello argüiría en José un espíritu inferior, a quien Ella no consideraba necesario revelar ni siquiera su voto. Y no se puede admitir ni por un instante una tal inferioridad espiritual en aquel varón, cuya breve historia evangélica ha legado al mundo el más alto ejemplo de humanidad y de honbría. Muy por el contrario, José supo sin duda del voto de su novia, por boca de ella misma; y haberla desposado en este conocimiento es lo que atestigua su grandeza moral. En caso contrario, nos veríamos forzados a reconocer en José una estupidez rayana en lo patológico, que no puede admitirse, puesto que no puede ni soñarse un Dios que dé por

esposo a su Madre y por padre de su Hijo, a un zoquete.

La más antigua y genuina tradición cristiana, de acuerdo con el mejor sentido común, nos habla de un José joven, sano de cuerpo y alma, de una vida espiritual profunda y generosa. El José creado por Zavalía, en obediencia a una innecesaria transposición histórica, es una crasa desfiguración de la personalidad real del artesano de Nazaret.

\* \* \*

Menos importantes, pero no menos falsas, son las disposiciones de ánimo en que Zavalía coloca a María en el Calvario y a los Magos en la gruta de Belén. Nada tienen que ver la angustia y los llantos de esta virgen con la entereza de aquella a quien San Juan retrataría con la fuerza insuperada de un lacónico verbo, "stabat", y a la que su Hijo no supo llamar sino "Mujer". En cuanto a los Magos, sus largos discursos especulativos a dos pasos de la improvisada cuna de paja y sin haber todavía visto al Niño para adorar al cual habían hecho tan larga y penosa travesía, resultan psicológicamente tan absurdos que no parecen salvarse ni siquiera a título de didáctica teológica.

\* \* \*

A estas desfiguraciones de orden humano súmanse otras a nivel religioso, de las que advertiremos sólo algunas.

Las de más fácil evidencia y también las de más burdo contenido aparecen ya al comienzo del primer cuadro. Sin duda no de la mejor tradición y ciertamente no del testimonio de los Evangelios Canónicos ha podido tomar Zavalía los datos con que ha dibujado su virgen María, más mítica que cristiana, cuyos pies descalzos no hieren las piedras ni las zarzas, a cuyo paso las flores se inclinan y los pájaros cantan a coros polifónicos. Esta virgen de cuento de hadas —bonita sin duda— encuentra los primeros trazos de su retrato en los evangelios apócrifos y nada tiene en común con la imagen que la tradición ortodoxa nos ha preser-

vado y legado de la que fue "sobrenaturalmente natural y naturalmente sobrenatural". Baste una escena evangélica para confirmar lo que decimos: cuando Jesús, poco después de su salida de Nazaret para cumplir su misión, vuelve a su aldea y predica en la sinagoga, el asombro de sus oyentes y vecinos se manifiesta en palabras sobradamente significativas: "Pasando a su patria —dice San Mateo— se puso a enseñarles en sus sinagogas, de manera tal que se asombraban y se decían: ¿De dónde le viene a éste tal sabiduría y tales milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿Su madre no es la que se llama María . . .?" Evidentemente, María no había sido nunca una doncella externamente prodigiosa. Todo lo contrario.

\* \* \*

Otra desfiguración teológica aparece en el ocultar María a José su voto de virginidad, con el consiguiente desconcierto de éste una vez desposados. Ingresar en el matrimonio en tales condiciones no puede importar para una joven normal sino una falta grave. En este sentido María era una joven normal. Pero, por otra parte, había sido concebida en Gracia, Gracia que conservó y acrecentó hasta la hora de su Tránsito. Por consecuencia, no es lícito suponer en Ella la posibilidad de falta alguna, ni siquiera leve. Mostrarla, pues, ocultando a José su voto y revelándosele recién después del desposorio implica suponerla capaz de falta y, por tanto, olvidar su concepción inmaculada y su vida de Gracia perfecta. Y esta es una desfiguración teológica muy seria.

\* \* \*

Otros errores teológicos hay que, por no parecer más verdugos que jueces, pasaremos por alto, pues con los apuntados basta para advertir al lector las cautelas con que debe acercarse al tríptico de Alberto de Zavalía.

Y no es sin pena que decimos cautelas, pues hubiésemos querido poder decir que nadie debía quedar sin ver o sin leer "La

*Doncella Prodigiosa*". Porque es evidente la intención honesta y el esfuerzo grande con que ha sido escrita. Su autor ha puesto de manifiesto un idealismo laudable y se ha ennoblecido fijando su mira en objetivos puros y elevados; pero ha mostrado asimismo una falta de realismo que debe señalársele, pues no ha sabido proporcionar el proyecto a sus conocimientos y a sus fuerzas. En la medida en que ha respetado y aun exornado la verdad humana y teológica de la historia de María, Zavalía merece aplauso y aliento; en la medida en que la ha desfigurado debe ser advertido, y advertir se debe a sus espectadores y lectores.

Lamentablemente, esta medida es ancha.

\* \* \*

La Comedia Nacional hizo muy poco por el texto que tomó a su cargo. Sobre la base de una interpretación romántica y guiada por una mano seria pero sin vigor y sin vuelo, su versión de "La Doncella Prodigiosa" no careció de brillo ex-

terno, pero en momento alguno alcanzó auténtica fuerza. Mario Vanarelli prestó un marco de *gratisima* sencillez y virginal diafanidad al cuadro primero, y otro de opresiva fuerza al tercero; el pesebre del segundo, en cambio, no se distinguió de un nacimiento parroquial. Lo mejor, fuera de toda duda, ha sido el comentario sonoro de Alberto Ginastera. Con los recursos más simples, ha creado una partitura nueva, expresiva y de genuina musicalidad.

\* \* \*

El comentario del programa anunciaba en "La Doncella Prodigiosa" una respuesta a los problemas esenciales que afligen al hombre moderno. ¡Ojalá lo hubiese sido! La respuesta al problema esencial de nuestra generación —y de cualquiera— es, sí, una respuesta religiosa y cristiana; pero no una religión emocional ni un cristianismo diluido y desnatado por la fantasía, sino una religión equilibrada y robusta, y un cristianismo íntegro y espeso, que sin perder las alas para el vuelo mantenga sus pies firmes sobre la tierra.

## cine

# "El Asesino"

ALBERTO J. BRACCO

Marcelo Mastroianni es, sin lugar a dudas, un actor consumado.

"El asesino", una buena película. Pero este adjetivo es aplicable a la misma, más por la interpretación del nombrado, que por su valor intrínseco.

Con un tema muy simple —un asesinato y la búsqueda de su autor— se desarrolla el proceso psíquico que sufre un hombre, Alfredo Martelli, envuelto en el conflicto, acusado de presunto asesino.

En el día que demora la investigación, debe analizar la trayectoria de su vida. Y en ese análisis, la comprobación del vacío y negatividad de su desordenada existencia. La búsqueda de bienestar, seguridad y goce de los sentidos han sido sus únicos fines. Ese hombre, que por unas horas ve peligrar y desmoronar su esquema existencial, tiene la oportunidad de mirarse por dentro. El destino le